PQ 6523
.G6 A7
Copy 1

GALERÍA DRAMÁTICA

DE

MANUEL P. DELGADO

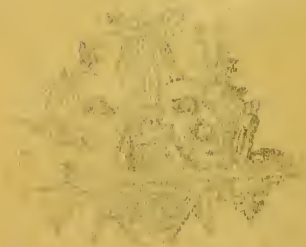
COMPRENDE

LAS MEJORES OBRAS DE NUESTROS CLÁSICOS MODERNOS

OFICINAS

CALLE DE COLUMELA, NÚM. 11, PISO PRINCIPAL

MADRID



¡ATRAS!

COMEDIA EN UN ACTO,

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

Esta comedia ha sido aprobada para su representacion por la Junta de censura de los Teatros del Reino en 20 de Junio de 1849.

M. P. D.

MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.
Cava-baja, n.º 19, bajo.
Junio 1857.

PQ6523
G6A7

PERSONAS.	ACTORES.
FEDERICO-GUILLERMO II, *Rey de Prusia.*	*D. José García Luna.*
CÁRLOS-FEDERICO, *Príncipe Real.*	*D. Florencio Romea.*
EL CONDE DE HARTMAN. . .	*D. Luis Fabiani.*
ULRICO, *granadero de la guardia.*	*D. Julian Romea.*
UN SARGENTO.	*D. Lázaro Perez.*
IDA, *jóven modista.* . . .	*Doña Matilde Diez.*
SOLDADOS.	

La escena es en Berlin, año de 1732.

Esta comedia pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y estrangero, y es propiedad de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demás Sociedades sostenidas por suscricion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto Orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

199181
13

ACTO ÚNICO.

El teatro representa una plaza plantada de árboles. A la derecha la tapia de un jardin. En medio de esta tapia habrá una puertecita, y cerca de ella una garita.

ESCENA PRIMERA.

ULRICO, *de centinela.* VARIOS OFICIALES, *formando corro y hablando en medio del teatro.* HARTMAN, *saliendo del palacio. Luego* EL REY.

Hartman. El rey, señores, el rey! (*Se deshace el corro y los oficiales se van á colocar delante del palacio.*)

Rey. (*Muy de mal humor.*) Sí, voto á brios: vuestra afrenta, Isabel, duquesa de Brunswick, será vengada. Mi hijo el príncipe real se ha de casar con vos, ó le declaro indigno de ceñir mi corona, y de llegarse á titular un dia Federico segundo.

Hartman. Señor, vuestra ira me llena de afliccion.

Rey. Sois un necio, señor consejero. Me agrada estar enfadado... Y sobre todo, quién me lo ha de impedir? Soy acaso alguno de esos reyezuelos débiles que ocultan su mal humor con una risita falsa? Cuando Federico Guillermo se halla irritado, quiere que todo Berlin lo sepa. Mi cetro es este baston, y juro á Dios que no se ha de romper en mis manos.

Hartman. (*Ap.*) Esto parará en sacudir el polvo á alguno. Como no sea á mí!...

Rey. Venid acá... y decidme si no hago bien en estar irritado?... Mi política, acorde con la razon, me ha hecho solicitar la alianza de Fernando Alberto de Brunswick: fiado en mi real palabra, manda á Berlin

á la princesa su hija... y hé aquí que en mi presencia, en la de mi corte, casi en la de su futura, mi señor hijo tiene la desfachatez de decir: «Si mi padre gusta de la princesa, cásese con ella, y buen provecho le haga; que en cuanto á mí, ni aun verla quiero. No me gustan las rubias.» (*Blandiendo el baston.*) Ah! bribon: yo te daré morenas...

Hartman. Mal dicho, y tanto mas, cuanto que no ha faltado quien haya ido con el chisme á la princesa. Está ofendida, y con razon: porque es jóven y bonita.

Rey. (*Amenazando á Hartman.*) Y aunque fuese vieja y fea: si quiero que se case, se casará.

Hartman. Ya se ve que sí, se casará... Y si estuviese yo en lugar del príncipe Federico...

Rey. Si estuviéseis en su lugar, ya os hubiera mandado fusilar... Conque es decir que mi consejo se habrá estado ocupando de este asunto quince dias enteros, que habré despachado mas de veinte correos, y nombrado un embajador estraordinario... y todo, para qué? Para que un loco venga ahora á desbaratar mis planes!... No sería yo el vencedor del gran Cárlos XII, ni el conquistador de la Pomerania, si consintiese que de este modo se burlase de mí un rapazuelo. No, señor príncipe real, no sufriré semejante insubordinacion; yo os sujetaré á la disciplina; que ya he sujetado á otros mas encopetados que vos y con bigotes mas retorcidos.

Hartman. Verdad es, señor, que los granaderos de V. M. tienen la fama de los mas perfectos autómatas de toda Europa. Y sino, ved la prueba en aquel centinela. Parece un palo con uniforme. (*Señalando á Ulrico, que desde la salida del rey se habrá quedado inmóvil y sin pestañear delante de la garita, presentando las armas.*)

Rey. (*Volviéndose hácia Ulrico.*) Teneis razon... Granaro, estás cansado de presentar las armas? (*Ulrico hace señas de que sí con la cabeza.*) Que sí?... Pues, firme! Al hombro... arm!... Al brazo... arm!... Arriba y abajo. (*Ulrico ejecuta los movimientos con toda precision, y se pone á pasear con el arma al brazo.*)

Hartman. Parece un muñeco de resortes.

Rey. Conque decíais, señor consejero, que el príncipe

Federico ha desaparecido ayer del pueblo de Buccholz donde estaba confinado?

Hartman. Así me lo avisan mis agentes.

Rey. Pues bien, os envío por el resto de vuestros dias á la fortaleza de Custrin.

Hartman. A mí, señor?

Rey. Sí, á vos... á no ser que vuestros agentes me le agarren y le lleven al cuerpo de guardia mas inmediato, como á un vago, á un perdido.

Hartman. Me conformaré con las paternales intenciones de V. M.

Rey. Mis intenciones son de que no vuelva á presentarse en mi corte si no se sujeta á mi voluntad... Mas diré: sin que me traiga un escrito de la princesa Isabel, en el que pruebe su arrepentimiento y obtenga su perdon.

Hartman. Dificil será... Porque la princesa está furiosa, y S. A. tiene carácter.

Rey. Es un terco. Ya se ve, con la bella educacion que se está dando. Trata con sabios, estudia la astronomía, toca la flauta, hace versos, se cartea con un tal Voltaire... Oh! si este tal viviera en mis estados, ya que tanto le gusta meter ruido en el mundo, le haría tambor de mi guardia, y le daría con mi baston en los nudillos de los dedos para que menease listo los palillos.

Hartman. Muy bien hecho sería.

Rey. Pero ya se hace tarde... Volvamos á palacio. (*A Hartman.*) Esta noche, me acompañareis en mi ronda... tres dias hace que no recorro los puestos. (*A un oficial.*) Oid vos: quiero desde mañana que para la guardia de ese palacio donde reside la princesa Isabel, se elijan los granaderos mejores mozos, y que se pongan centinelas en todas las puertas, hasta en esa que dá al parque: es un puesto de honor.

Hartman. Luego V. M. no está contento con el centinela que hay ahora?

Rey. No mucho... Vamos. (*Vase con Hartman y los oficiales.*

ESCENA II.

ULRICO.

Que no está contento!... Vaya un gusto delicado!... Pues esta talla, esta planta... hay algo que pedirles?... Mejores chicos que yo los habrá en Prusia; pero á fé que me las apuesto con los mas pintados; y sino que lo diga mi hermosa Ida... Esa sí que es una real moza... Qué cuerpo! qué ojos!... Es la perla de las modistas de Berlin... y de toda la confederacion germánica... Pues esa perla, señor rey, se muere por mis pedazos y me casaré con ella, sépalo V. M. No me faltan ya mas que dos requisitos... El consentimiento de su padre, y mi licencia absoluta... Ahí que no es nada! En cuanto al consentimiento, el padre dice nones!... y la licencia tambien me la niegan. Estamos frescos... Por vida de!... Ahora me estará esperando en la fuente, tiritando de frio... llorando tal vez... y yo estoy aquí hecho un poste, puesto á enfriar y sin mas compañía que mi fusil... Maldito oficio!... Bien podré no agradar al rey Guillermo, pero su servicio me gusta á mí mucho menos. Si me atreviese á hablarle... Algo le podria yo decir de lo que pasó cierto dia entre él y mi padre el sargento Ulrico... y entonces no haría mucho en concederme mi licencia, y algo mas. Pero, qué!... si tiene un gesto... una cara de pocos amigos... Cuando se acerca á mí, me entra un temblor... la lengua se me traba... y ya no tengo resolucion para nada... Está visto; solo debo contar conmigo para lograr mi boda... Pero gente viene... pronto, al puesto.

ESCENA III.

ULRICO. FEDERICO.

Federico. (*Sale con precaucion, embozado en una capa.*) En fin, ya estoy libre, á pesar del rey mi padre; y lo que es por esta vez, no ha de atraparme.

Ulrico. Qué vendrá á hacer aquí ese prógimo?

Federico. Quieren que me humille ante la princesa, que

la pida perdon... Mi padre se equivoca si piensa que he de ceder. Mañana dejo esta capital... y á los tres dias habré pasado la frontera.

Ulrico. Parece que espera á alguien.

Federico. Solo me apura hallar un asilo para esta noche. Calle! no sería malo refugiarme en el palacio mismo de la princesa... El lance tendria chiste... Conozco todos sus escondrijos, y... Luego, quién sabe? Acaso lograré verla sin que ella lo sepa: y aunque estoy decidido á no casarme, no me pesaria conocerla... Pero es imposible entrar. Hay centinelas en todas partes... hasta en esa puertecita del parque donde nunca se han puesto. (*Se acerca á la puerta.*)

Ulrico. Se acerca: aquí de mi consigna. (*Alto.*) Eh! paisano... atrás!

Federico. Es que...

Ulrico. Largo de ahí.

Federico. Terrible estás.

Ulrico. Mucho que sí. Este es mi genio.

Federico. No puede uno mirar siquiera esas tapias?

Ulrico. A distancia de cincuenta pasos... es la consigna.

Federico. Te chanceas: no es tan severa tu consigna.

Ulrico. Si pensais saberla mejor que yo, por qué no haceis por mí la centinela?

Federico. (*Ap.*) No es mala idea. (*Alto.*) Pues bien, si quieres, la haré. Dame el fusil.

Ulrico. De veras?

Federico. De veras... Y en prueba de ello, toma este federico de oro.

Ulrico. Está bien... Hé aquí cómo respondo á vuestra oferta... Una... dos... (*Le cala la bayoneta.*) Atrás!

Federico. Insol... (*Ap.*) Qué hago?... Esponerme á que me conozcan.

Ulrico. Ofrecerme dinero!... A mí!... A un soldado! Y estando de centinela!

Federico. (*Ap.*) Veamos si es como otros muchos, cuya fidelidad depende solo del precio á que se la compra. (*Alto.*) Camarada, te he ofendido ofreciéndote solo un federico... pero, si quieres, te daré un bolsillo lleno de oro.

Ulrico. Un bolsillo!... Ya es otra cosa... eso merece un tiro... Allá va. (*Le apunta.*)

Federico. Detente. (*Retrocediendo.*) Es un diablo vestitido de granadero.

Ulrico. Hola, hola! señor caballero... Quereis seducir á los granaderos de Federico Guillermo?... Aunque fuérais el príncipe real en persona, lo mismo sucederia.

Federico. Osarías?...

Ulrico. No que no.

Federico. Y si te mandaba dar cien palos en recompensa?

Ulrico. Él!... A mí?... Bien se ve que no le conoceis. Otra cosa haría.

Federico. Qué?

Ulrico. Hacerme cabo.

Federico. Tienes razon... Sería indigno de Federico el castigarte por cumplir con tu obligacion... Te doy gracias en su nombre por el buen concepto que tienes de su lealtad... Toma este bolsillo.

Ulrico. Otra!

Federico. Antes te lo ofrecia como precio de la traicion, ahora te lo doy en recompensa de tu fidelidad.

Ulrico. Atrás!... Un soldado no toma nada cuando está sobre las armas.

Federico. (*Tirando el bolsillo al suelo.*) No importa: tuyo es; la disciplina no impide bajarse para recoger el dinero que se encuentra.

Ulrico. (*Ap.*) Eso ya es otra cosa.

Federico. No lo tomas?

Ulrico. Con la mano, no... Pero bien puedo poner el pié encima. (*Lo hace.*)

Federico. Abur. (*Ap.*) Vamos á buscar en otra parte un asilo. (*Vase.*)

ESCENA IV.

ULRICO, *recogiendo el bolsillo.*

Algun inglés será sin duda... Siempre he oido decir que esos isleños llevan bolsillos prevenidos para arrojarlos á las gentes... Es una manía nacional, y mejor es esta que otras... Diablos! Todo es oro! Hay aquí de que hacer á un hombre rico!... Bravo! Ahora sí que podré presentarme al padre de mi querida y decirle:

«Tio Nataniel, amo á vuestra hija... tengo cuanto hé menester para hacer su felicidad...» y lo demás que se sigue... Pero, qué veo? Otro bulto?... Y tiene faldas! Si será?... Sí... ella es; Ida... la misma.

ESCENA V.

ULRICO. IDA.

Ida. Ah! sois vos? Qué haceis ahí?... ya os podia yo estar esperando en la fuente.

Ulrico. Qué quieres, hija?... No lo puedo remediar... Me han puesto aquí de centinela, y espero á que venga el relevo, pensando en tí para que se me haga mas corto el tiempo.

Ida. De veras?... Pobre Ulrico... y yo que te estaba echando mala fama!

Ulrico. Ahí verás... Es cierto que tambien debias tú estar muy fastidiada mirando correr el agua de aquella fuente.

Ida. Y estaria mirándola todavía á no haberme llamado la maestra para traer este gorro á la princesa Isabel.

Ulrico. Apuesto cualquier cosa á que siempre que veías á lo lejos algun militar... algun buen mozo... te brincaba el corazon... y decias... Él es!... pero el buen mozo pasaba, y no era Ulrico.

Ida. Nada de eso: mi corazon no se engaña; y cuando te estoy esperando, pasarian á mi lado todos los buenos mozos de Prusia, sin que yo dijese: ese es Ulrico... Oh! te conozco demasiado bien para equivocarte con otro.

Ulrico. Qué mona! qué hechicera!... Te vas á quedar, no es cierto? Haremos centinela juntos... Tenemos aun para mas de una hora... Hace frio... pero no importa... hablaremos de nuestro amor... te prestaré mi capote... y esto nos calentará.

Ida. Quedarnos aquí?... no por cierto... ahora mismo tienes que venir conmigo.

Ulrico. Adónde?

Ida. A casa de mi padre.

Ulrico. No puede ser ahora.

Ida. Sí tal, que corre prisa.

Ulrico. Corre prisa?

Ida. Y tanta... se trata de nuestra boda.

Ulrico. Has hablado de mí á tu padre?

Ida. Sí!... y se ha puesto hecho una furia.

Ulrico. Cómo se entiende?

Ida. Me ha regañado, y me ha dicho que no seré nunca tu mujer.

Ulrico. Habráse visto un zopenco semejante!

Ida. Ya sabes que es siempre del último que le habla... Blum, el herrero, que tambien me pretende, le llevó esta mañana á la taberna... le achispó un poco... y como mi padre tiene la mona sensible, lloró al oirle hablar de su amor y le prometió mi mano... Esta noche á las diez debe firmar el contrato.

Ulrico. Y me lo dices con esa calma?... Conque es decir que me quedaré tocando tabletas?

Ida. Así será, como no te des prisa y vayas á hablar á mi padre... Pero ha de ser ahora mismo... sin perder tiempo... pintándole tu desesperacion... y sobre todo, emborrachándole un poco.

Ulrico. Eso se dice fácilmente... pero del dicho al hecho... y cuando un hombre está de centinela...

Ida. Se trata de nuestra dicha.

Ulrico. Sí... pero el cabo no tiene cuenta con eso... Para la consigna no hay dicha que valga... Le plantan á uno aquí, y mas que se le lleve el diablo... Pues estamos frescos!... Tambien tengo yo la culpa por no haber pensado nunca en emborrachar á tu padre... Ya se ve: no soy aficionado al vino... y luego, á poco que beba, se me sube á la cabeza... y me pongo así... Por vida de!... Estoy por clavarme la bayoneta, y... sí, sí, mejor será... Espera... mira...

Ida. Qué haces?

Ulrico. No quieres?...

Ida. Estás en tu juicio?

Ulrico. Pues lo dejaremos para otro dia... Tambien es cosa de desesperarse... precisamente cuando acababa de tener un fortunon...

Ida. Qué fortunon?

Ulrico. Mira... mira... este bolsillo... lleno de oro... todo es mio.

Ida. Jesus! cuánto!... y quién te ha dado tanto dinero?

Ulrico. Un inglés... guapo chico! Si al menos no se hubiera marchado... él, que queria que yo le dejase hacer centinela por mí...

Ida. Hiciste mal en negarte.

Ulrico. Era mi deber... entonces se trataba solo de mi fortuna... pero ahora estás tú de por medio, y ya es otra cosa.

Ida. Aguarda... me ocurre una idea.

Ulrico. Cuál?

Ida. Dame tu capote y el fusil... yo me quedaré por tí!

Ulrico. Quita allá! Cómo habias tú de poder?...

Ida. Sé yo tambien hacer el ejercicio... voy todos los domingos á la parada de palacio... dame y verás.

Ulrico. Por gusto... ahora que nadie pasa... veamos qué maña te dás... Toma.

Ida. (*Tomando el fusil.*) No tiene tanto que hacer... Mira. Así marcha la tropa... Tram... ram... pataplan... plan... (*Marcha con el fusil al hombro y haciendo que toca el tambor.*)

Ulrico. (*Marcando el paso.*) Un... dos... un... dos... un... dos... Bien... muy bien.

Ida. Alto! (*Se pára.*) Por la derecha... alinear... (*Hace como que se alinea con otros.*) Firme!

Ulrico. Perfectamente!... es un diablillo esta mujer!

Ida. Descansen... arm!... en su lugar, descanso... Ahora la gorra de lado... (*Ulrico se quita la suya y se la pone.*) Se apoya uno en el fusil... y se retuerce el bigote...

Ulrico. Eso sí que te desafío á que lo hagas.

Ida. Es verdad... no hay nada... Firme!... Al hombro, arm!... marchen!... Rataplan... plan... plan...

Ulrico. Bien... un... dos... un... dos... alarguen el paso... oblicuo á la derecha... un... dos... de frente... Bravo!... Parece un veterano...

Ida. Alto!... Calen!... uno... dos... Al hombro... uno... dos... Preparen... apunten... fuego... pun!... Al hombro, arm!... Marchen!... (*Hace todo lo que dice, y vuelve á marchar imitando el tambor.*)

Ulrico. Basta... basta... Federico Guillermo no tiene mejor granadero en todo su ejército... Bien te se puede confiar un puesto.

Ida. Es decir que me vas á dejar el tuyo?

Ulrico. Pero cómo quieres?... La diferencia de talla...

Ida. No importa, me pondré de puntillas cuando pasen.

Ulrico. Crees que tu padre consentirá?...

Ida. El caso está en cogerle por el flaco.

Ulrico. Si en eso consiste, le haré beber hasta que quede hecho una cuba... Pero dejar mi puesto!... Sabes tú lo que eso me puede valer?

Ida. Si vacilas, mañana me verás mujer de otro.

Ulrico. Pues ya no dudo... Al fin y al cabo, qué arriesgo? Entre ser fusilado y perderte, no veo maldita la diferencia... Lo mismo es para mí... Además, ya es de noche; con la oscuridad no podrán distinguir... Esto es hecho... pecho al agua... Marcho, pero no tengas cuidado; volveré antes del relevo... Aquí tienes el capote... Cúbrete bien con él. Adios. (*Hace ademan de irse.*)

Ida. Oyes! Y la consigna?

Ulrico. Tienes razon... se me olvidada... Te pasearás á lo largo ó á lo ancho, como mas te acomode... No dejarás que entre ni salga nadie por esa puerta, y gritarás atrás! á todos los que pasen.

Ida. Bien... quedo enterada... Vete, y ánimo.

Ulrico. Animo tú tambien, amada Ida... mas para que los dos lo tengamos, dame un abrazo.

Ida. Toma. (*Se abrazan.*)

Ulrico. Ahora... hasta luego. (*Vase.*)

ESCENA VI.

IDA.

Quiera Dios que no sea el viaje en balde!... Porque la verdad, ahora que me encuentro sola, el lance me parece sério: en buena me he metido... delante de él la echaba de valiente para animarle, pero por dentro andaba la procesion, y ahora sobre todo, no las tengo todas conmigo... Qué diablo! fuera miedos: algo ha de hacer una para casarse... y cuántas quisieran salir del paso con una guardia! Animo, Ida; aquí es preciso tener el alma atravesada, y si alguien pasa, dar el quién vive, y echarle roncas, y pegarle un tiro aunque sea el lucero del alba. Cuánto pesa este

fusil! No es mala aguja para una modista! Oigo ruido... no es nadie... Sí, por allí creo!... hace una noche tan oscura... Si la plaza se queda desierta, malo: si alquien se acerca, peor... Me va entrando un miedo... Por allí va un hombre... ahora sí que no me engaño... y viene hácia aquí... Si será algun ladron? Ay! Vírgen santa, valedme! A poco mas me desmayo.

ESCENA VII.

IDA. FEDERICO.

(*Se le habrá visto á Federico atravesar la plaza por el fondo y luego volver.*)

Federico. Ya creo que han perdido mis huellas.

Ida. Pues... un hombre... lo dicho... y se acerca... jamás me atreveré á darle el quién vive.

Federico. Está visto, están á mis alcances todos los esbirros de la policía y todas las patrullas de la plaza... No hallo ni una sola casa abierta... y héme aquí otra vez delante de ese terrible centinela, á quien en vano intentaria de nuevo seducir. Oh! ese soldado sí que es incorruptible... bien puede confiársele un puesto... no lo abandonará.

Ida. Parece que me mira... es preciso asustarle. (*Tose como para cobrar ánimo.*) Hum! hum!

Federico. Me ha reconocido... y aun creo que me llama... si se habrá hecho ahora mas manejable? (*Ida vuelve á toser.*) No hay duda, quiere hablarme.

Ida. Cosa rara! no se asusta. (*Alto.*) Atrás!

Federico. Calle!... No es la misma voz... (*A Ida.*) Dime, amigo...

Ida. No tengo nada que decir... Largo de ahí... ó me enfado.

Federico. Que te enfadas?... (*Ap.*) Vaya una amenaza bien poco militar... Y luego esa vocecita tan delgada... Si será una mujer?...

Ida. (*Ap.*) Hola! Parece que le he infundido un poco de respeto.

Federico. Aquella talla tan baja... no hay duda... es mujer... Qué haces ahí, muchacha? (*Yendo hácia ella.*)

Ida. Dios mio! me ha conocido! Por Dios, caballero, ídos por otra calle.

Federico. Imposible! Y luego, con centinelas como tú, le dán á uno tentaciones de forzar la consigna.

Ida. Vaya una idea!... pues sepa que estoy en un puesto de honor, y que lo defenderé hasta el último suspiro.

Federico. Bien dicho, valiente! Pero tu resistencia dependerá del sistema de ataque: nosotros los militares variamos de táctica segun es el enemigo con quien tenemos que pelear.

Ida. (*Ap.*) Pues, ahora me va á poner en estado de sitio.

Federico. Pero... no estoy ahora para chanzas... me persiguen... y tú puedes salvarme.

Ida. Lo siento... pero debo guardar este puesto.

Federico. Te deberé la vida.

Ida. La vida? (*Ap.*) Ya me va enterneciendo.

Federico. (*Mirando hácia el fondo.*) Que vienen... Con tal de que no me hayan visto hablar contigo...

Ida. Lucidos voy á dejar á los granaderos de la guardia.

Federico. Una patrulla.

Ida. Una patrulla!... Y yo que no sé lo que se hace: Ulrico se fué sin decírmelo...

Federico. (*Ap.*) Aprovechemos la ocasion: es el único recurso que me queda. (*Alto.*) Ha cometido la imprudencia de dejarte en su puesto, sin acordarse de lo esencial?

Ida. Pues qué, podrá esto comprometerle?

Federico. No corre mas riesgo que el de ser fusilado.

Ida. Fusilado! Dios mio!... Cómo saldremos de este apuro?

Federico. No hay mas que un medio... Déjame capote y fusil, y recibiré por tí á la patrulla.

Ida. Pues pronto... tomad... ya llegan.

Federico. Perfectamente. (*Ap.*) Me salvé!

Ida. (*Metiéndose en la garita.*) Vaya, que es obra el hacer una centinela.

ESCENA VIII.

FEDERICO, *haciendo de centinela.* IDA, *en la garita. Un sargento y algunos soldados de patrulla.*

Federico. Quién vive!
Sargento. Patrulla.
Federico. Pase la patrulla.
Ida. (*Ap.*) El bueno de Ulrico estará ahora sacrificándose por mí... bebiendo á mas y mejor con mi padre, sin pensar en el riesgo en que me veo.
Federico. Y bien, sargento, qué hay?
Sargento. Dicen que el príncipe Federico está en Berlin, y que caerá preso esta noche.
Federico. De veras?
Sargento. Por fuerza... todo oficial tiene órden de prenderlo donde quiera que le encuentre.
Federico. Diablo! Y qué quieren hacer con él?
Sargento. Llevarle á la fortaleza de Spandau, donde estará tres años incomunicado.
Federico. Tanto rigor!
Sargento. El rey promete una gran recompensa al que lo prenda.
Federico. Pues procurad vos ganarla.
Sargento. Lo mismo digo... Abur.
Federico. Id con Dios. (*Vase la patrulla.*)

ESCENA IX.

FEDERICO.—IDA.

Ida. (*Saliendo de la garita.*) Ya se fueron! cuántas gracias os doy! Me habeis sacado de un terrible apuro.
Federico. Sí, hija mia: pero favor por favor... y como puedes á tu vez servirme...
Ida. Antes quisiera que hiciéseis otra cosa por mí.
Federico. Cuál?
Ida. Cuando prometí á Ulrico aguardar aquí hasta su vuelta, olvidé que tenia que llevar á la princesa Isabel el gorro y las flores que están en esa caja de carton.

Federico. Hola! entras en casa de la princesa de Brunswick?

Ida. La conoceis vos?

Federico. No... pero me han dicho que es una mujer alta, rubia, sosa, altanera y de mal genio.

Ida. Ella mal genio!... precisamente tiene trazas de todo lo contrario. Es buena, afable, con un mirar tan cariñoso... una sonrisa tan amable... eso sí, está algo triste... y es natural: con la mala partida que la juega ese calavera de príncipe que no quiere casarse con ella.

Federico. Ya se ve; su orgullo estará ofendido: dirá mil pestes de Federico.

Ida. No señor... su corazon es el que está lastimado. Creo, en verdad, que ama al príncipe; y la prueba está en que la última vez que la vi, me dió un federico de oro diciéndome lo que repite á todos: «rogad por la felicidad de la Prusia, y sobre todo, por el príncipe real.

Federico. Te engañas: no es del príncipe real de Prusia de quien ha querido hablarte.

Ida. Sí tal... he visto su retrato en un medallon que llevaba, y lo guardó queriendo ocultar su conmocion al hablar de Federico.

Federico. De veras? (*Ap.*) Apenas puedo creer... No cederé, ciertamente; pero deseo conocer á una mujer que hace en mi nombre tantos beneficios.

Ida. Conque vamos á ver: concluireis de hacer la centinela por mí?

Federico. Al contrario, hija mia; ahora te toca á tí pagarme el servicio que te he hecho... Toma tu fusil y tu capote. (*Se los devuelve.*)

Ida. Qué diablos he de hacer con ellos?

Federico. Ahora verás. Lo primero, vuélvete... mira hácia allí... sin pestañar... Prométeme no volver la cabeza para ver el camino que tomo.

Ida. Eso es faltar á mi consigna.

Federico. O haces lo que te digo, ó te descubro y fusilan á tu amante sin remedio.

Ida. Ay! me horrorizo... Ya os obedezco, ya os obedezco. (*Se coloca como Federico le ha indicado.*) Es esto? Estoy así bien?

Federico. Sí... no te muevas... (*Ap., escalando el muro.*) Por fin, me escapé!

Ida. Bella postura para un granadero!... (*Ap.*) Dónde se irá?... si pudiese verlo, así, con el rabito del ojo... (*Volviéndose y viendo á Federico encima del muro.*) Dios mio! Qué haceis ahí?

Federico. Silencio! (*Desaparece detrás de la tapia.*)

Ida. Tomóse la plaza por asalto... Bueno ha quedado mi honor militar... Aguardad... aguardad... Ya ha desaparecido... Saltar las tapias! Y de noche! Qué horror!... A haberlo sabido, me hubiera defendido hasta la muerte... (*Corre hácia la puerta y procura mirar por el agujero de la cerradura.*) Caballero!... caballero!... Sí, échale un galgo... Qué diablos irá á hacer dentro de ese jardin?

ESCENA X.

IDA. EL REY. HARTMAN.

(*Hartman lleva una linterna que oculta debajo de la capa. Siguen algunos soldados que se quedan en el foro.*)

Rey. Bien... muy bien... estoy contento... todas las centinelas están en sus puestos... solo este me falta que inspeccionar.

Hartman. (*Ap.*) Vamos, parece que esta noche no tendremos ningun castigo: de estas entran pocas en libra.

Ida. (*Mirando siempre por la cerradura.*) Si será algun ladron ó algun conspirador?

Rey. Por qué no dará el quién vive aquel soldado?

Hartman. Será que no nos ve.

Rey. Cómo nos ha de ver, si está vuelto de espaldas?

Ida. Y ese diablo de Ulrico que no vuelve!

Rey. Alzad un poco la linterna, señor consejero. Mucho me engaño, ó aquel granadero no tiene la talla.

Hartman. Eso será un efecto de perspectiva.

Rey. A ver, á ver... acercaos.

Hartman. (*Ap.*) Este señor me trae hecho un fanal ambulante.

Rey. (*Gritando al oido de Ida.*) Granadero!

Ida. (*Volviéndose asustada.*) Ay! eh?... (*Ap.*) Otro sargento! soy perdida.

Rey. Calle! este granadero no tiene bigotes.

Hartman. Pues esa es prenda que no se puede dejar olvidada en el cuartel.

Rey. (*A Ida.*) Con que es decir, señor soldado, que no sabeis vuestra obligacion?

Ida. Sí tal, sí... (*Ap.*) Qué haré? (*Presentando las armas.*) Quién vive!

Hartman. Vaya una vocecita rara la que tiene.

Rey. Pues lo que es la maniobra me gusta... Aquí hay gato encerrado.

Ida. (*Ap.*) No, sino gata.

Rey. A ver... dadme esa luz. (*Coge la linterna.*)

Ida. (*Ap.*) Temblando estoy... Si no doy conmigo en el suelo...

Rey. (*A Ida.*) Acércate, blanquillo... (*Mirándole con la linterna.*) Por vida de los demonios!... si es una mujer!

Hartman. Una mujer!

Rey. Ea, responde... Qué sexo es el tuyo?

Ida. El femenino, señor sargento.

Rey. Señor sargento! Ni aun siquiera conoce á su rey!

Ida. (*Cayendo de rodillas.*) El rey!... Ah! perdon.

Rey. Bien está... ya veremos... Dime primero de qué regimiento eres.

Ida. Del regimiento de las modistas.

Rey. De las modistas!

Hartman. Regimiento de nueva creacion.

Rey. Y qué hacias ahí?... Dime la verdad, porque si no...

Hartman. (*Ap.*) Pobrecilla! es capaz de tratarla militarmente.

Ida. La verdad?... Sí señor, la diré... Yo soy una doncella honrada.

Rey. Ya se conoce... pero qué hacias? Pronto.

Ida. Ocupaba el puesto de mi futuro esposo, que ha ido á beber con mi padre para tratar de nuestra boda.

Rey. Y un granadero abandona su puesto!

Ida. Ha sido por culpa mia, señor... yo se lo aconsejé... Pero lo guardaba tan bien, que venia á ser lo mismo.

Hartman. (*Ap.*) Ya se conoce.

Rey. Así se observa la disciplina!... esto requiere un escarmiento.

Ida. Señor...

Rey. Un ejemplar castigo.

Ida. Señor... (*Ap.*) Me hace temblar. (*Alto.*) Esto no es nada... y pronto se remedia. Si quereis, le iré á buscar... volverá á tomar su fusil... y como si tal cosa.

Rey. (*Sin atenderla.*) Señor consejero, vais á llevar á este soldado de contrabando al primer cuerpo de guardia... y en cuanto al otro delincuente, mañana será juzgado en un consejo de guerra.

Ida. Yo á un cuerpo de guardia... y él á un consejo de guerra!... Ah! señor, no tendreis tan malas entrañas.

Rey. Ejecutad mis órdenes. Quitadme de delante á esa mozuela... Y como el puesto no puede quedar desamparado, yo soy quien lo guardaré... tengo capricho de ver la cara que pondrá el desertor cuando vuelva á ocuparlo.

Ida. (*Ap.*) Pues... se ha empeñado en ello...

Hartman. Qué, señor, se humillará V. M. hasta hacer las veces de un soldado?

Rey. Callad... no digais desatinos. A pesar de su alta dignidad, un rey no es mas que un soldado; y cuando se trata de velar por el bien de la patria, él es la primera centinela... Lo dicho dicho: lleváosla.

Ida. Señor... por piedad... oidme.

Rey. Basta... no hay que replicar. Señor consejero, mandad ese piquete... y marchaos.

Hartman. Obedezco. (*Ap.*) Ahora quiere que haga el oficio de cabo... Demonio de hombre! Hace tal potage de empleos y grados!... (*Alto.*) Granaderos... por el flanco derecho... á la derecha. Hileras de frente... marchen. (*Vase con los soldados.*)

ESCENA XI.

EL REY. *Luego* ULRICO.

Rey. Ese necio de consejero que imagina que con esto comprometo mi dignidad... Si no velase tanto en la observancia de la disciplina, qué sería de mi ejérci-

to?... Sí, sí: castigaré á ese soldado... no habrá perdon para él. Pero alguien viene... firme!

Ulrico. (*Saliendo algo achispado.*) Pues señor, bebí... vaya un vino!... Y yo que temia achisparme! No era mala tontuna... Antes estaba triste, y ahora todo baila al rededor de mí. Cuando uno ha bebido cuatro tragos, no parece sino que todo el mundo ha bebido tambien.

Rey. Pues lo que es este, no está ciertamente en ayunas.

Ulrico. No sé si es el vino el que hace dar vueltas á las casas, ó si soy yo el que ando dando vueltas... ello es que estoy buscando hace una hora mi camino, y no puedo encontrarlo.

Rey. Si será el bribon del granadero?...

Ulrico. Pero ya topé con él... sí... aquel es el puesto en que dejé á la linda centinela. Que viva el papá Nataniel con su vino del Rhin!... No sé qué tengo aquí en la cabeza... pero me siento capaz de emprenderla con el mismo diablo... Ah! allí está mi pobre Ida... Chica... aguarda un poco... verás cómo nos reimos. (*Retrocede un poco.*)

Rey. No es él, segun parece... No importa: tambien este dormirá mañana en el calabozo.

Ulrico. (*Despues de haber retrocedido hasta los bastidores, vuelve hácia donde está el rey á paso de ataque.*) Plan... plan... plan... rataplan... plan.

Rey. Lléveme el diablo! Pues no quiere tomar el puesto por asalto?

Ulrico. Alto!... Aquí estoy yo.

Rey. Eh! qué es eso?

Ulrico. Cómo se te ha tomado la voz... estás acatarrada? No lo estraño... tendrás frio, paloma.

Rey. (*Ap.*) Si supiera con quién habla!

Ulrico. Pues hija... sabrás que he visto á tu padre... que hemos bebido... sí... bebido tal cual... un poco mas de lo regular... pero qué habia de suceder?... El papá empezó á ablandarse á la primera botella... á la segunda, ya no decia que no... á la tercera, me miraba con una cara de risa... y á la cuarta, zás! me concedió tu corazon y tu mano... Conque, asunto concluido... ya puedo hoy abrazarte sin remordimiento de conciencia... y el domingo nos casamos.

Rey. (*Ap.*) Eso lo veremos mañana en el consejo de guerra.

Ulrico. Solo queda en pié una dificultad... Pero ahora que sé lo que puede el vino... y que con él me hago valiente... verás... Un dia de estos correré un bromazo... beberé á tente bonete... y cuando la cabeza se halle... así... alegrilla... es decir... cuando esté hecho un hombre decente... presentable... entonces iré á buscar al rey, y...

Rey. (*Ap.*) Hola! esto va ya picando en historia.

Ulrico. Y por mas que me mire con aquellos ojos tan feos... y alce el baston de las grandes maniobras... le diré: señor, el hombre no tiene mas que una palabra, y el rey, voto á brios, es un hombre como otro cualquiera.

Rey. (*Ap.*) Adónde irá á parar?

Ulrico. El negocio es este, en dos palabras... Por mas rey que sea V. M., estaria ya muerto y enterrado si en el sitio de Stralsund un valiente granadero no se hubiese puesto entre vos y el sable de un húsar de Cárlos doce.

Rey. Qué dice?

Ulrico. Habíais prometido acordaros del valiente Ulrico...

Rey. Con efecto.

Ulrico. Lo que es él, ya nada tiene que pediros... porque está debajo de tierra... Solo queda de él un hijo... Este es... el que aquí veis en cuerpo y alma, y se os presenta con la hoja de servicios de su padre en una mano, y la peticion de su licencia absoluta en la otra... Veamos ahora si tiene V. M. buena memoria.

Rey. (*Ap.*) Sí... la tengo... pues me acuerdo perfectamente de aquel rasgo de valor.

Ulirico. Esto es lo que diré al rey... Mas para ello necesito tomar una buena chispa. Qué te parece á tí que responderá?

Rey. Qué responderá? (*Con su voz natural.*)

Ulrico. Misericordia! No es Ida... ha desertado el puesto!

Rey. Quieres saberlo?

Ulrico. El rey!... Pues señor... me he lucido.

Rey. El rey responderá que lo concede todo en recompensa de un gran servicio: todo, escepto el perdon

de un desertor, aun cuando el criminal sea hijo del valiente que le salvó la vida. Lo entiendes?

Ulrico. Sí... sí señor... entiendo muy bien... Eso es precisamente lo mismo que no concederme nada.

ESCENA XII.

DICHOS. HARTMAN, *que sale corriendo.*

Hartman. Señor, señor, qué noticia!

Rey. Qué hay?

Hartman. Dicen que un hombre ha saltado por las tapias del jardin, y se ha atrevido á penetrar hasta el aposento de la princesa Isabel.

Rey. (*Amenazando á Ulrico.*) Ves, miserable, lo que has hecho con abandonar tu puesto?

Ulrico. Está visto: no tengo escape.

Rey. Y está preso ese hombre?

Hartman. Aun no; pero voy en busca de refuerzo...

Rey. Id corriendo. (*Vase Hartman, y se presenta Federico á la puertecita.*)

ESCENA XIII.

EL REY. ULRICO. FEDERICO.

Federico. Por fin...

Rey. (*Estorbándole el paso.*) Atrás!

Federico. Mi padre!

Rey. Ah! ah! sois vos, príncipe?... Ya no os escapareis.

Federico. Escaparme! Dios me libre... no tengo semejante intencion. El puesto se halla esta vez demasiado bien guardado.

Rey. Me direis ahora lo que hacíais en casa de la princesa?

Federico. Cumplia, señor, con vuestros mandatos. Para obtener el perdon de mis yerros, he debido quebrantar la consigna... No podia desde lejos obtener mi gracia, y he venido á impetrarla á los piés de la princesa... Vedla aquí firmada por su propia mano. (*Le presenta un pliego.*)

Rey. Es verdad... Luego consentís en casaros con ella?

Federico. Ah! padre mio... es tan buena, tan hermosa, tan amable...

Rey. Basta.

Ulrico. Eso es: el príncipe está ya contento: solo el pobre soldado es el que pagará el pato.

ESCENA XIV Y ULTIMA.

DICHOS. HARTMAN. IDA. OFICIALES. SOLDADOS.

Hartman. Señor: aquí traigo el refuerzo; y tambien á esta muchacha, pues no sé qué hacer con ella.

Ulrico. Ida!

Ida. Ah! Pobre Ulrico, estarás enfadado conmigo; pero no tengo yo la culpa. Cuando los reyes patrullan y las modistas hacen la guardia...

Ulrico. Ya comprendo... te han pillado.

Ida. Sí... por asalto.

Hartman. Dónde se ponen las centinelas, señor?

Rey. En ninguna parte... el culpable está ya preso. Llevad esa mujer á su padre, y ese soldado al calabozo para ser juzgado mañana con todo el rigor de las leyes.

Ida. Va de veras?

Ulrico. Ya lo oyes. No te queda mas remedio que hacerte el vestido de luto, pobre viuda mia.

Rey. Príncipe Federico, para recompensaros de vuestra sumision, os doy el derecho de pedirme una gracia; pero como al propio tiempo no puedo dejar sin castigo el medio de que os habeis valido para penetrar en el cuarto de la princesa, ireis, antes de vuestro casamiento, á pasar quince dias en la fortaleza de Spandau.

Federico. Sereis obedecido, padre mio, aunque mi mayor castigo es ahora pasar quince dias separado de mi esposa... Pero antes de marchar os pido el perdon de ese soldado, pues no tengo poca parte en su culpa.

Rey. Eh? (*Ap.*) Él lo ha dicho... Un hombre, y sobre todo un rey, no tiene mas que una palabra. (*Alto.*) Concedido.

Ulrico. De veras? Mi perdon... y mi licencia?

Rey. Y tu licencia... Algo he de hacer por el hijo del valiente Ulrico.

Ida. Ah, príncipe!... ah, señor!... qué alegría!

Rey. Bueno, bueno... Pero no vuelva yo á encontrar de centinela ningun soldado de ese regimiento. (*Señalando á Ida*.)

Ida. Tiene V. M. razon... La seguridad del Estado se vería harto comprometida.

Ulrico. (*Ap*.) Aun me queda una poca de chispa: aprovechémosla. (*Se acerca al rey llevando la mano á la gorra*.) Señor... en nombre de mi padre... os pido el perdon de vuestro hijo.

Federico. Qué dice?

Rey. Vamos: está de Dios que hoy no he de poder castigar á nadie... Lo concedo... Pero en adelante, respeto á la disciplina... porque esta es la última vez que perdono.

Ulrico. Poco me importa... ya tengo mi licencia y mi mujer.

Soy dichoso.

Ida. No, por Dios:
aun te falta.

Ulrico. Qué me queda?

Ida. Que el público nos conceda
una palmadita ó dos.

Ulrico. No es mas que eso? Voto á brios!
Al público asaltaré.

Ida. Desatino! Para qué?
Ni sablazos, ni reniegos
valen con él... á mis ruegos
creo mas bien que los dé.

FIN DE LA COMEDIA.

LIBRARY OF CONGRESS
0 022 011 488 0

PUNTOS DE VENTA

En Madrid, librerías de los Sres. Hijos de D. José Cuesta, D. Antonio San Martín, D. Fernando Fe, Salón del Heraldo; y en Provincias, en las principales.

Los pedidos por mayor á casa del Editor, calle de Columela, núm. 11, principal.

Madrid.—Estab. tipográfico de los Sucesores de Cuesta, Cava-alta, 5.